

fónicas y cinematográficas, la presencia de bandas extranjeras y, por lo mismo, nuevos géneros, para detenerse en la tercera década de la pasada centuria.

Aquí es necesario un deslinde o dos. La vida cotidiana y ritual de los mexicanos de ese periodo transcurría de manera paralela a la conformación de una nación y muchas veces —debemos creer— sin mayor conciencia de que su país ahora se llamaba México. Pero también es innegable que esa música sí establecía los parámetros de lo que *a posteriori* podría denominarse “música nacional”, por distintiva o peculiar. Todo ello aparte de lo que habría de llamarse nacionalismo musical. En ese sentido, tampoco deben considerarse todos estos ejemplos musicales como el bagaje sonoro que daría lugar a un movimiento sólido y estructurado en los años treinta del siglo xx, como si se tratara de un cauce que desemboca en un ámbito mayor. No, ese ámbito mayor ya se halla en el siglo xix, en la música de concierto, de salón, popular, indígena o tradicional. Lo que expresan todos los artículos es de qué manera esa música fue apropiada por ejecutantes y oyentes al grado de volverse suya, mexicana.

Sirva como ejemplo, sin mayor intención de ahondar en el caso, *Ecos de México*, de Julio Ituarte (1845-1905), quien, entre paréntesis los subtítulo “aires nacionales”, para describir esas músicas llenas de connotaciones populares, hilvanadas en una secuencia de virtuosismo, bajo el rubro académico de capricho de concierto: *Las mañanitas*, *Jarabe tapatío*, *El perico*, *Los enanos*, *El butaquito*, *El guajito*, *El atole*, *El palomo*, *El murciélago*...

El fenómeno musical no sólo incluye compositores, ejecutantes, público, sino también los instrumentos, las publicaciones, la instrucción, su difusión, así como las comunidades que lo practican y hacen suyo. De ahí que el tema sea no sólo inabarcable, sino imposible de condensar aun en cientos de páginas. Lo que se ha logrado en este volumen es una mirada a través de un prisma que, al menos, derrumba lugares comunes que no vale la pena repetir, al tiempo que ilumina con brillantez la realidad de esos fructíferos años, cuando la música se naturalizó mexicana.